

## Una salida

El sonido del disparo reverberó en cada hueco de la habitación y se expandió por toda la casa. Carlos se guardó la pistola a la espalda, metiéndola entre el cinturón y el pantalón. La notó caliente, no le importó. El cuerpo de Esteban, su amigo, yacía obsceno en el suelo, con los sesos desparramados por toda la pared. Se lo merecía. Llevaba días demasiado pesimista y ya estaba harto. Aquella actitud era lo último que necesitaba. Él también notaba el cansancio, como todos, pero aún tenía ganas de luchar y buscarle sentido a todo aquello.

Se limpió las manos con las sábanas y bajó al salón. El padre de su amigo bebía cervezas ante el televisor, lo único que a veces conseguía aportar algo de novedad en sus vidas. Levantó una lata para saludar a Carlos.

—¿Otra vez? —intentó forzar una sonrisa, sin demasiado éxito.

Debió escuchar el disparo. Carlos asintió con la cabeza, no le apetecía comenzar una conversación intrascendente. El padre de Esteban quería lo mismo, quedó satisfecho con la respuesta y siguió viendo el programa de turno.

Salió a la calle y se dirigió a su casa. No haría nada más ese día.

\*\*\*

El despertador sonó a las 8:00 de la mañana, como siempre. Odiaba con todas sus fuerzas aquel sonido, inmutable, puntual. Solía apagarlo al primer pitido para seguir tumbado hasta que el cuerpo se quejara de estar en la cama. Sin embargo, tenía un plan, y cuanto antes saliera, mejor.

No tardó en prepararse algo de comida, cogió una botella de agua, la pistola de su padre, más por la costumbre adquirida durante años que por la intención de utilizarla, y salió en busca de su amigo.

A esa hora del día era extraño toparse con alguien. A pesar de vivir en una gran ciudad, cada vez era más raro encontrar a gente que madrugara o que hiciera planes.

Al dejar atrás la primera calle, justo cuando se disponía a cruzar, algo golpeó el asfalto junto a él, muy cerca. El cuerpo de un hombre que se precipitó desde alguno de los pisos superiores casi lo aplasta. Era muy común a primera hora de la mañana. Lo observó con curiosidad y fastidio. Era Fran, entabló con él algo parecido a una amistad hacía años. No terminaron de encajar y se fueron distanciando. Carlos no dedicó más de lo preciso a analizar el cuerpo, tenía prisa y no podía llegar tarde. Durante el trayecto encontró más cuerpos destrozados contra el suelo, algunos irreconocibles. Por suerte, ninguno cayó sobre él.

Esteban esperaba con el coche listo para salir.

—Eres un cabrón —dijo como saludo.

Carlos sabía que se lo merecía y sonrió.

—Estabas muy pesado. —Echó la mochila al asiento de atrás y subió al coche—.

Llevas días con lo mismo. Estamos a punto de descubrir algo grande y sigues hablando de la misma mierda.

Esteban arrancó y emprendieron el camino.

—No debiste dispararme. Sabes que lo odio, y encima en la cara —terminó casi gritando.

Carlos no pudo reprimir una carcajada.

—Lo siento, de verdad. Intentaré no hacerlo más, tú procura no darme motivos.

—Gilipollas.

—Relájate y disfruta. —Inclinó el asiento y puso los brazos sobre la cabeza—. Hoy lo conseguiremos.

El sonido del motor acelerado hasta su límite rompía el silencio de la abandonada autovía. En intentos anteriores alcanzaron a ver la frontera, así la llamaban, desde cierta distancia. No tuvieron ocasión de alcanzarla antes de que el día llegara a su fin. Una especie de pared semitransparente que cubría todo el horizonte y se perdía de vista en el cielo, dando la sensación de que se cernía sobre ellos, como si alguien los hubiera cubierto con una taza de cristal con reflejos azulados.

—Saca el mapa y procura seguir la ruta que trazamos ayer —dijo Esteban sin retirar la mirada de la carretera.

Carlos abrió la guantera y sacó un trozo de papel plegado.

—Nos sabemos ya el camino de memoria.

—Sí, pero aún no lo hemos conseguido. La parte del final es la que me preocupa. No la conocemos y cualquier despiste nos retrasaría demasiado.

—Me preocupa más que tengamos un accidente. La última vez agonizamos hasta que nos reiniciamos, fritos bajo el sol.

—¿Por qué lo dices así? No somos robots.

—Es que es así. ¿Acaso no se reinicia todo? —Esteban no le respondió—. Da igual, llámalo como quieras. Si vas a estrellarte, procura matarnos bien.

—Después el pesimista soy yo.

Carlos sonrió y comenzó a estudiar el mapa.

La autopista era monótona y aburrida. Hacían turnos para conducir, con las paradas justas para repostar y coger algo de comida de las abandonadas gasolineras. Ya nadie se molestaba en ir hasta allí para trabajar.

Justo antes de entrar en la nacional llenaron el depósito, sabían que era la última gasolinera en el camino.

—¿Qué crees que pasa tras la frontera? —preguntó Esteban mientras llenaba el tanque.

—Si sumamos dos y dos, está claro. ¿Qué es lo más raro que has visto hasta ahora?

Esteban mostró una media sonrisa.

—Que el día se detuviera, que se repitiera una y otra vez —su voz se fue apagando, Carlos no pareció notarlo.

—Exacto, lo de la frontera es también raro de cojones. Creo que ambas cosas están relacionadas. Diría incluso que tras ella el tiempo es lineal, como lo era antes.

Esteban lo miró fijamente.

—¿De verdad lo piensas?

—Sí, pero no sé cómo podremos comprobarlo.

—Déjame a mí. Yo también he llegado a la misma conclusión. Llevo algo para probarlo.

El sol terminó su jornada y se ocultó tras las montañas para descansar, cediendo el turno a una noche clara y moteada de luces. Detuvieron el coche tras horas de viaje, la aguja de la gasolina indicaba que no tendrían suficiente para realizar el camino de vuelta, pero no importaba, lo habían conseguido. Bajaron del vehículo gritando de emoción. Ante ellos,

a unos metros del coche, ascendía un traslúcido muro de luz azul que se perdía más allá de donde alcanzaba la vista.

—No es de cristal —dijo Carlos acercándose a él.

—Te cuidado, no sabemos aún qué es. Podría ser peligroso

Carlos iba a protestar, pero se detuvo y bajó la mano que extendió con intención de tocar la frontera.

—Debemos darnos prisa —le apremió Esteban—, son casi las doce.

—¿Qué tienes pensado?

Esteban rodeó el coche y se dirigió al maletero, lo abrió y sacó una bolsa de tela grande que parecía pesar.

—Ayúdame a llevarla hasta la base.

Carlos corrió hacia él, cogió la bolsa por el otro extremo y entre los dos comenzaron a arrastrarla.

—¿Qué es? —preguntó Carlos al soltar el bulto en el suelo.

Se arrodilló para abrir la bolsa y vació su contenido en el suelo. Un perro, color canela con una mancha blanca en el costado, se quedó inerte sobre la hierba. No respiraba.

—Es Thor, está muerto —las palabras de Carlos no transmitían emoción alguna, solo remarcaban un hecho.

Esteban asintió.

—Lo he matado esta mañana, he pensado que sería útil tener algo así. Si nos equivocamos, mañana estará de nuevo en casa. Es lo más rápido que se me ha ocurrido. Además, no es la primera vez que muere, ni que lo mato.

En esta ocasión Carlos sí que detectó algo extraño en la voz de su amigo. Lo miró y estuvo a punto de preguntarle, pero no tenían tiempo y debían terminar antes de que dieran las doce.

Entre los dos volvieron a coger al animal, lo balancearon y lo lanzaron contra la frontera. Atravesó la luz como si nada. Ambos se esperaban que sucediera algo, algún sonido, que golpeará y no pudiera pasar, que se resquebrajara. Nada sucedió.

—¿Ahora qué?

—Esperemos que dé la media noche, quedan solo unos segundos. Mañana veremos qué pasa.

\*\*\*

El despertador sonó a las 8:00 de la mañana, como siempre. Odiaba con todas sus fuerzas aquel sonido, inmutable, puntual. Solía apagarlo al primer pitido para seguir tumbado hasta que el cuerpo se quejara de estar en la cama. Sin embargo, hoy tampoco iba a hacerlo.

Saltó de la cama con más prisas incluso que el día anterior. C cogió la comida y la pistola y salió de casa en dirección a la de su amigo.

En la calle volvió a toparse con el cuerpo de Fran. Había saltado de nuevo. No todo el mundo tenía la cabeza bien amueblada para aguantar tantos años viviendo una y otra vez el mismo día.

En el camino se encontró con cuerpos destrozados contra el suelo. Algunos eran los mismos que el día anterior, que habían repetido el salto; otros debieron pensar algo más interesante que hacer, o simplemente se quedaron dormidos y se suicidarían más tarde.

Esteban esperaba ya en la puerta y casi salta de emoción al verlo.

—No está—gritó cogiéndolo de los hombros—. Thor no está.

Carlos no supo definir el torrente de sensaciones que lo recorrieron. Hacía mucho tiempo que nada cambiaba, apenas recordaba la época en la que el tiempo fluía hacia adelante, y aquello marcaba un antes y un después en la vida de todo el mundo.

—Vamos —dijo Carlos sin poder controlar el volumen de su voz—, subamos al coche y volvamos. Comprobemos qué ha ocurrido.

Atravesaban de nuevo a toda velocidad la autopista. Ya habían encontrado el camino correcto, ahora solo debían preocuparse de repetirlo exactamente igual para llegar a tiempo y al mismo sitio donde dejaron a Thor.

—Si nuestras sospechas se confirman —dijo Carlos mientras conducía—, podríamos cambiar la forma de vida de toda la gente. Podríamos hacer crecer ahí algún tipo de comida que no tenemos en la ciudad...

—Se podrían realizar nuevos avances tecnológicos —lo interrumpió Esteban—, ahora no podemos fabricar nada. Pero si más allá de la frontera se mantiene lo que fabriquemos, podríamos hacer cualquier cosa.

—Sí —cuanto más hablaban más se entusiasmaban—, también podríamos hacer vinos, cerveza... cualquier bebida que se nos ocurra y tenerlo ahí el tiempo que queramos para que envejezca. Nosotros también podríamos hacerlo. Si algún niño quiere llegar a madurar su cuerpo, podría salir hasta que tuviera... no sé, 20 años. Podrá hacer cosas que su físico infantil no le permite ahora.

Esteban calló unos segundos, con la mirada fija en la carretera.

—También podríamos morir, para siempre.

Carlos no respondió de forma inmediata, pero inconscientemente comenzó a afirmar con la cabeza.

—Sí, eso también sería posible.

De golpe le vinieron a la cabeza algunos nombres de conocidos que sin duda querrían hacerlo. La imagen de Fran destrozado contra la acera le vino a la cabeza.

Detuvieron el coche a unos metros de la frontera, el agudo sonido del freno y el derrapar de las ruedas sobre la tierra rompieron el silencio de aquella parte de la naturaleza. De dos zancadas se plantaron ante la pared de luz y tras el traslúcido azul vieron el cuerpo inerte de Thor.

Carlos se echó las manos a la cabeza, incapaz de expresarse con palabras. Aquello lo cambiaba todo, no solo en la vida de ellos, en la vida de toda su ciudad, en la vida de todo aquel que, por casualidad, destino o cualquier otro motivo, cayó dentro de la frontera hacía tantos años.

A pesar de rumiarlo durante los últimos días y de hablarlo largo y tendido con Esteban, no conseguía asimilar todo lo que conllevaba aquel descubrimiento.

Aun se encontraba dándole vueltas a la cabeza cuando vio, sin poder evitarlo, cómo Esteban pasaba al otro lado de la frontera. Apenas pudo emitir un leve grito pidiéndole que se detuviera, pero era demasiado tarde, estaba al otro lado.

—¿Qué haces?

Esteban no respondió, se agachó junto a su mascota y la acarició. Parecía triste.

—Está muerto —dijo Esteban sin dejar de acariciarlo—. Hacía mucho tiempo que no moría nadie, ni nada. No recordaba esta sensación.

—¿Qué se siente?

—Siento pena, dolor porque sé que no volveré a estar con él...



—No —Carlos levantó la mano y se rascó la cabeza—, me refiero a qué se siente ahí fuera.

Esteban pareció reaccionar entonces, como si hasta ese momento no fuera consciente de que se encontraba al otro lado.

—No siento nada raro.

Carlos extendió una mano hacia la frontera para tocarla. En vez de sentir una superficie plana y cristalina, como parecía a simple vista, sus dedos avanzaron como si no hubiese nada. Decidido, la atravesó al igual que hizo Esteban. Se imaginó que sentiría algo muy distinto a cualquier otra cosa experimentada en su vida, pero no ocurrió nada. Miró a su amigo y este le devolvió la mirada desde un rostro impassible, insondable.

—Me pregunto qué habrá más allá —dijo Carlos de espaldas a la frontera—. Si el tiempo ha seguido avanzando en el resto del planeta, muchas cosas han debido cambiar y nada es como conocemos. ¿Nos habremos extinguido? ¿Tendremos una sociedad súper avanzada? —La emoción volvió a resurgir en su interior—. Debemos volver, son casi las doce y tenemos que pensar en cómo aprovechar esto.

Se giró y entró de nuevo. Esteban no lo siguió, se quedó plantado allí.

—No voy a volver.

—¿Qué dices?

—Que no quiero repetir de nuevo el mismo día, una y otra vez.

—Pero hemos encontrado esto —Carlos no terminaba de comprender qué le sucedía a su amigo—. Aunque el día se repita, ya nada volverá a ser como antes, podemos hacer cosas que...

—No insistas —el rostro de Esteban permanecía serio—, esto es lo que buscaba desde hace años. Una salida.

Carlos miró el reloj y comprobó que tan solo le quedaban unos minutos.

—Déjate de gilipollices y vámonos, el día está a punto de terminar.

Esteban negó con la cabeza y se quedó clavado donde estaba.

Una ligera brisa se levantó haciendo que la maleza que los rodeaba silbara. El vello de la nuca de Carlos se erizó, la noche había refrescado. Carlos intentaba comprender el comportamiento de su amigo.

—Está bien, si quieres quedarte ahí esta noche, quédate. Pero no podré venir a recogerte mañana, al menos no podré hacerlo solo, son demasiados kilómetros. Tendré que compartir esto con alguien más.

—No quiero que vengas a por mí —Esteban dio un paso al frente, por un instante Carlos pensó que pasaría a su lado. Se detuvo a un metro de la frontera—. De verdad, no quiero volver.

—Pero... —Carlos era incapaz de asimilarlo— tu familia, tus amigos...

—Tú se lo explicarás.

—No, joder. No puedes hacer esto.

—¿Has traído la pistola?

Aquella pregunta pilló desprevenido a Carlos, que lo miró intentando averiguar qué pasaba por la cabeza de su amigo. Sin embargo, en su rostro no captaba sentimiento alguno.

—No, se me ha olvidado cogerla hoy.

—Mientes, te la he visto antes en el coche.

—¿Entonces por qué preguntas? —Esteban se encogió de hombros—. Eres desesperante. Sí, la he traído, ¿la quieres?

Carlos se imaginó a su amigo viviendo al otro lado de la frontera, explorando todo aquel vasto territorio desconocido en busca de nuevos paisajes, viejas ciudades o, quién

sabe, otras civilizaciones. Incluso se le pasó la fugaz idea de acompañarlo, de ir con él a cualquier otra parte y olvidarse de todo.

—No la quiero —dijo Esteban—. Quiero que me dispaes. Estoy muy cansado de todo, de vivir. No sé por qué cojones hemos estado repitiendo el mismo día una y otra y otra vez —Esteban ahora hablaba desatado—. Al principio tuvo su gracia, podía hacer lo que quisiera. Aproveché y estudié, pero también aquello se acabó. Comencé a tocar instrumentos, también se acabó. Me he leído todos los putos libros que he encontrado en la ciudad. Todos. He muerto cientos, miles de veces. La gran mayoría de esas muertes las provoqué yo. Al día siguiente amanecía en mi cama. Inevitablemente. Estoy cansado.

Carlos escuchó toda la perorata con la pistola en la mano. No imaginó que su amigo sintiera aquello. Él también vivió rachas en las que deseaba acabar con todo, desaparecer, pero con el tiempo terminaba encontrando algo con lo que distraerse.

—Escúchame, todos hemos pasado por un bache —comenzó a acercarse a su amigo, sin llegar a atravesar la frontera—. Todos nos hemos suicidado alguna vez, creo que no conozco a nadie que no lo haya hecho. Siempre se sale de ahí, tenemos muchos intentos para equivocarnos aquí dentro, es lo único bueno que nos queda, pero si mueres ahí... no habrá vuelta atrás.

—Lo sé, y quiero que lo hagas.

—Tío, no puedo hacerlo...

—¡Qué lo hagas!

Esteban gritó con la cara desencajada, su rostro era transparente y se veía directamente su alma. Carlos miró la pistola, negra y odiosa en su mano. Ya lo había hecho antes, pero sabía que aquello era distinto, ya no volvería a levantarse.

Levantó la pistola y apuntó a su amigo, que dio un paso al frente y puso la cabeza lo más cerca que pudo de la frontera.

—¡Vamos! —lo volvió a espetar—. Queda poco tiempo, hazlo ya joder.

El arma temblaba en su mano. El dedo presionaba con fuerza el gatillo, un poco más y dispararía. Aún no era capaz.

Se miraban a los ojos. Su amistad de cientos de años pasó ante ellos, todo lo que habían vivido juntos.

—Te echaré de menos.

—Y yo a ti.

El disparo retumbó por toda la ladera durante un minúsculo espacio de tiempo que a Carlos se le antojó eterno. El cuerpo de su amigo cayó hacia atrás describiendo una parábola perfecta para quedarse luego tumbado en el suelo.

Las lágrimas bañaban el rostro de Carlos, que no sabía cuándo comenzó a llorar.

\*\*\*

El despertador sonó a las 8:00 de la mañana, como siempre. Odiaba con todas sus fuerzas aquel sonido, inmutable, puntual. Solía apagarlo al primer pitido para seguir tumbado hasta que el cuerpo se quejara de estar en la cama. Sin embargo, esta vez fue incapaz de quedarse dormido de nuevo.